

Fernando Savater

La educación como ejercicio sustancialmente solidario

Fernando Savater (San Sebastián, 1947) es un filósofo profesor y un escritor filósofo. Los sutiles matices no están claros y menos si nos centramos en su indiscutible influencia social, política y cultural. Él, que cree haberse decantado mucho más por el periodismo, la ficción y el teatro que por la enseñanza, ejerce esa influencia, sobre todo, por la buena pedagogía de su amena literatura, siempre con una conciencia muy viva de la dimensión pública del pensamiento riguroso. Hemos escogido un texto de *El valor de educar* (Ariel, 2008) que trata y muestra la esencial imbricación entre enseñanza, naturaleza humana y realidad social.



El filósofo español Fernando Savater.

Foto: © Wikimedia Commons.

«De cuanto venimos diciendo se deduce lo absurdo y hasta inhumano de los recurrentes movimientos antieducativos que se han dado una y otra vez a lo largo de la historia, en ciertas épocas en nombre de alguna iluminación religiosa que prefiere la ingenuidad de la fe a los artificios del saber y en la modernidad invocando la «espontaneidad» y «creatividad» del niño frente a cualquier disciplina coercitiva. Si la cultura puede definirse, al modo de Jean Rostand, como «lo que el hombre añade al hombre», la educación es el acuñamiento efectivo de lo humano allí donde solo existe como posibilidad. Antes de ser educado no hay en el niño ninguna personalidad propia que la enseñanza avasalle, sino solo una serie de disposiciones genéricas fruto del azar biológico: a través del aprendizaje (no solo sometándose a él, sino también rebelándose contra él e innovando a partir de

él) se fraguará su identidad personal irrepetible. Por supuesto, se trata de una forma de condicionamiento pero que no pone fin a cualquier prístina libertad originaria, sino que posibilita precisamente la eclosión eficaz de lo que humanamente llamamos libertad. La peor de las educaciones potencia la humanidad del sujeto con su condicionamiento, mientras que un ilusorio limbo silvestre incondicionado no haría más que bloquearla indefinidamente. Según señaló el psicoanalista y antropólogo Géza Roheim, «es una paradoja intentar conocer la naturaleza humana no condicionada pues la esencia de la naturaleza humana es estar condicionada». De aquí la importancia de reflexionar sobre el mejor modo de tal condicionamiento.

El hombre llega a serlo a través del aprendizaje. Pero ese aprendizaje humanizador tiene un rasgo distintivo que es lo que más cuenta de él. Si el hombre fuese solamente un animal que aprende, podría bastarle aprender de su propia experiencia y del trato con las cosas. Sería un proceso muy largo que obligaría a cada ser humano a empezar prácticamente desde cero, pero en todo caso no hay nada imposible en ello. De hecho, buena parte de nuestros conocimientos más elementales los adquirimos de esa forma, a base de frotarnos grata o dolorosamente con las realidades del mundo que nos rodea. Pero si no tuviésemos otro modo de aprendizaje, aunque quizá podríamos sobrevivir físicamente todavía nos iba a faltar lo que de específicamente humanizador tiene el proceso educativo. Porque lo propio del hombre no es tanto el mero aprender como el aprender de otros

hombres, ser enseñado por ellos. Nuestro maestro no es el mundo, las cosas, los sucesos naturales, ni siquiera ese conjunto de técnicas y rituales que llamamos «cultura», sino la vinculación intersubjetiva con otras ciencias.

En su choza de la playa, Tarzán quizá puede aprender a leer por sí solo y ponerse al día en historia, geografía o matemáticas utilizando la biblioteca de sus padres muertos, pero sigue sin haber recibido una educación humana que no obtendrá hasta conocer mucho después a Jane, a los watuzi y demás humanos que se le acercarán... a la Chita callando. Este es un punto esencial, que a veces el entusiasmo por la cultura como acumulación de saberes (o por cada cultura como supuesta «identidad colectiva») tiende a pasar por alto. Algunos antropólogos perspicaces han corregido este énfasis, como hace Michael Carrithers: «Sostengo que los individuos interrelacionándose y el carácter interactivo de la vida social son ligeramente más importantes, más verdaderos, que esos objetos que denominamos cultura. Según la teoría cultural, las personas hacen cosas en razón de su cultura; según la teoría de la sociabilidad, las personas hacen cosas con, para y en relación con los demás, utilizando medios que podemos describir, si lo deseamos, como culturales». El destino de cada humano no es la cultura, ni siquiera estrictamente la

El hombre llega a serlo a través del aprendizaje. Pero ese aprendizaje humanizador tiene un rasgo distintivo que es lo que más cuenta de él

sociedad en cuanto institución, sino los *semejantes*. Y precisamente la lección fundamental de la educación no puede venir más que a corroborar este punto básico y debe partir de él para transmitir los saberes humanamente relevantes.

Por decirlo de una vez: el hecho de enseñar a nuestros semejantes y de aprender de nuestros semejantes es más importante para el establecimiento de nuestra humanidad que cualquiera de los conocimientos concretos que así se perpetúan o transmiten. De las cosas podemos aprender efectos o modos de funcionamiento, tal como el chimpancé despierto —tras diversos tanteos— atina a empalmar dos cañas para alcanzar el racimo de plátanos que pende del techo; pero del comercio intersubjetivo con los semejantes aprendemos *significados*. Y también todo el debate y la negociación interpersonal que establece la vigencia siempre movediza de los significados. La vida humana consiste en habitar un mundo en el que las cosas no solo son lo que son, sino que también significan; pero lo más humano de todo es comprender que, si bien lo que sea la realidad no depende de nosotros, lo que la realidad significa sí resulta competencia, problema y en cierta medida opción nuestra. Y por «significado» no hay que entender una cualidad misteriosa de las cosas en sí mismas, sino la forma mental que les damos los humanos para relacionarnos unos con otros por medio de ellas.

Puede aprenderse mucho sobre lo que nos rodea sin que nadie nos lo enseñe ni directa ni indirectamente (adquirimos gran parte de nuestros conocimientos más

funcionales así), pero en cambio la llave para entrar en el jardín simbólico de los significados siempre tenemos que pedírsela a nuestros semejantes. De aquí el profundo error actual (bien comentado por Jerome Bruner)

El destino de cada humano no es la cultura, ni siquiera estrictamente la sociedad en cuanto institución, sino los semejantes

de homologar la dialéctica educativa con el sistema por el que se programa la información de los ordenadores. No es lo mismo *procesar información que comprender significados*. Ni mucho menos es igual que participar en la transformación de los significados o en la creación de otros nuevos. Y la objeción contra ese símil cognitivo profundamente inaceptable va más allá de la distinción tópica entre «información» y «educación». Incluso para procesar información humanamente útil no hace falta adquirir ni sostener en aislamiento, sino que depende de la mente de los otros: es decir, de la capacidad de participar en la mente de los otros en que consiste mi propia existencia como ser mental. La verdadera educación no solo consiste en enseñar a pensar, sino también en aprender *a pensar sobre lo que se piensa*, y este momento reflexivo –el que con mayor nitidez marca nuestro salto evolutivo respecto a otras especies– exige constatar nuestra pertenencia a una comunidad de criaturas pensantes. Todo puede ser privado e inefable –sensaciones, pulsiones, deseos...– menos aquello que nos hace partícipes de un universo simbólico y a lo que llamamos «humanidad».

En sus lúcidas *Reflexiones sobre la educación*, Kant constata el hecho de que la educación nos viene siempre de otros seres humanos («hay que hacer notar que el hombre solo es educado por hombres y por hombres que a su vez fueron educados») y señala las limitaciones que derivan de tal magisterio: las carencias de los que instruyen reducen las posibilidades de perfectibilidad por vía educativa de sus alumnos. «Si por una vez un ser de naturaleza superior se encargase de nuestra educación —suspira Kant— se vería por fin lo que se puede hacer del hombre». (...)

La principal asignatura que se enseñan los hombres unos a otros es en qué consiste ser hombre, y esa materia, por muchas que sean sus restantes deficiencias, la conocen mejor los humanos mismos que los seres sobrenaturales o los habitantes hipotéticos de las estrellas. Cualquier pedagogía que proviniese de una fuente distinta nos privaría de la lección esencial, la de ver la vida y las cosas *con ojos humanos*.

Hasta tal punto es así que el primer objetivo de la educación consiste en hacernos conscientes de la *realidad* de nuestros semejantes. Es decir: tenemos que aprender a leer sus mentes, lo cual no equivale simplemente a la destreza estratégica de prevenir sus reacciones y adelantarnos a ellas para condicionarlas en nuestro beneficio, sino que implica ante todo atribuirles estados mentales como los nuestros y de los que depende la propia calidad de los nuestros. Lo cual implica considerarles *sujetos* y no meros objetos; protagonistas de su vida y no meros comparsas vacíos de la

nuestra. El poeta Auden hizo notar que «la gente nos parece “real”, es decir, parte de nuestra vida, en la medida en que somos conscientes de que nuestras respectivas voluntades se modifican entre sí». Esta es la base del proceso de socialización (y también el fundamento de cualquier ética sana), sin duda, pero primordialmente, el fundamento de la humanización efectiva de los humanos potenciales, siempre que a la noción de «voluntad» manejada por Auden se le conceda su debida dimensión de «participación en lo significativo». La realidad de nuestros semejantes implica que todos protagonizamos el mismo cuento: ellos cuentan para nosotros, nos cuentan cosas y con su escucha hacen significativo el cuento que nosotros también vamos contando... Nadie es sujeto en la soledad y el aislamiento, sino que siempre se es sujeto *entre sujetos*: el sentido de la vida humana no es un monólogo, sino que proviene del intercambio de sentidos, de la polifonía coral. Antes que nada, la educación es la revelación de los demás, de la condición humana como un concierto de complicidades irremediables. >> ■

Texto de Fernando Savater, extracto de *El valor de educar* (Barcelona, Ariel, 2018), pp. 29-34.

El influjo del pensamiento claro

Fernando Savater fue escogido en 2013 entre los 65 pensadores más influyentes del mundo por la revista británica *Prospect*, que computó 10.000 votos de más de cien países. Pero lo peculiar de nuestro filósofo es que su influencia no se debe ni a sus cátedras (que él siempre se ha tomado *cum grano salis*: «He vivido de la Universidad, pero nunca para la Universidad ni siquiera realmente en ella») ni al abrumador peso cuantitativo de sus muchas decenas de libros ni siquiera al sinfín de premios y reconocimientos que jalonan su trayectoria. Su influencia nace de la claridad de su juicio, expresada en una prosa excelente, puesta además en práctica biográfica en vibrantes compromisos públicos. De entre todos los contagiosos libros de ética de Savater, su vida es el principal y el más vigorosamente argumentado.

Su defensa de la prosa clara y útil frente a los experimentalismos de ciertas narrativas vanguardistas (léase *La infancia recuperada*, 1976), al margen de las demagogías pedagógicas (*El valor de educar*, 1997) y siempre contra el alambicamiento filosófico de campanillas (*Mira por dónde*, 2003), le han ganado el agradecimiento de muchos lectores aliviados. Sus libros no solo se han vendido muy bien, sino que se han leído de verdad. Savater sirve, por tanto, de contrapeso a la añoranza del intelectual influyente que Mario Vargas Llosa detecta como signo de nuestro tiempo.

No habría llegado a tanto público si no hubiese encontrado un cauce natural en el ensayo periodístico. Ha contribuido a mantener viva la llama del columnismo español de alta calidad literaria y densidad filosófica, en la estela de un Ortega y Gasset.

A la vez, por su compromiso político, ha sido un émulo de Unamuno, como él mismo se ha descrito: «ni de los hunos ni de los otros». Solo los que fusilan, los que torturan, los que buscan aterrar y desdeñan convencer, me han tenido siempre visceralmente en contra». El peso de su activismo podría llegar a eclipsar, a ojos del observador precipitado, su influencia como pensador, pero eso significaría olvidar el orden de sus factores: «No concibo que el pensamiento facilite la vida; la arriesga, la compromete». Su actividad pública es el corolario de su pensamiento, y



De izquierda a derecha, portadas de *Ética para Amador*, *Mira por dónde* y *El valor de educar*, obras de Fernando Savater publicadas por Ariel.

este el precipitado de una manera muy quijotesca de leer. No ha dejado de reconocerse (*La tarea del héroe*, 1982) como un personaje salido de sus novelas y cómics.

Ha denunciado lo que el pesimismo tiene de atajo a la comodidad: «Nunca faltan quienes están deseando escuchar de fuente autorizada que este mundo es una mierda sin remedio para confirmar que hacen bien en no molestarse». Con talante ortodoxamente chestertoniano (cosmovisiones aparte), sostiene: «La alegría no es la conformidad alborozada con lo que ocurre en la vida, sino con el hecho de vivir»; y ha añadido: «Mientras dure la vida y el dolor resulte soportable, no hay que dar por perdida la aventura». Cioran se dio cuenta y en una dedicatoria le escribió: «A F. S., agradeciendo los esfuerzos que hace por ser pesimista». Una consecuencia de su optimismo congénito ha sido la generosidad intelectual. Nadie ha admirado mejor que él, a Voltaire y a Cioran, claro, pero también a tantos escritores en sus antípodas ideológicas: Chesterton, Borges y Nicolás Gómez Dávila, a los que ha dado un salvoconducto intelectual entre nosotros.

Desde la muerte de su mujer, Sara, no tiene que hacer ningún esfuerzo para fingirse pesimista. Se muestra desolado. Sin embargo, ese amor inmortal no deja de ser un testimonio involuntario, pero impresionante, de la permanencia de lo mejor del espíritu humano. Tiene un centro secreto e inalterable de alegría y esperanza. Como toda su obra y su vida./

ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ